

UNA REVISIÓN DE LOS TEXTOS DE SIMON CLARKE SOBRE EL ESTADO, EL TRABAJO Y LA SOCIEDAD CAPITALISTA. PORQUE DE LO QUE SE TRATA ES DE LA NEGACIÓN DEL CAPITALISMO

*A REVIEW OF SIMON CLARKE'S TEXTS ON THE STATE,
LABOR AND CAPITALIST SOCIETY. BECAUSE WHAT IT IS ALL
ABOUT IS THE NEGATION OF CAPITALISM*

Rodolfo Gómez

Departamentos de Ciencia Política y de Ciencias de la Comunicación, UBA/CLACSO
ORCID: <https://orcid.org/0009-0008-1890-475X>
rodolfo@clacso.edu.ar

RESUMEN

En este artículo revisaremos algunos textos del autor marxista británico Simon Clarke, en la medida que entendemos resultan de gran actualidad para problematizar ciertas miradas, aún en el campo de la izquierda política y académica, respecto del actual funcionamiento de las sociedades capitalistas a nivel global, así como de las “formas” y las funciones del Estado capitalista. Cuestión no menor, si consideramos la emergencia hoy día de diferentes movimientos políticos de extrema derecha en todo el mundo, algunos de los cuales han accedido al gobierno, y que, al mismo tiempo que asumen un discurso conservador radicalizado en defensa del capitalismo, problematizan la vigencia o las funciones de esa institución política, y del régimen democrático mismo (aunque dicho régimen político sea estrictamente una democracia capitalista). La recuperación de estos textos busca interpelarnos, además, no solamente para establecer un diagnóstico del modo del funcionamiento actual del capitalismo y del rol que juega en este tipo de sociedades el Estado y

la democracia capitalista, sino además para ejercitar una crítica materialista que busque promover un debate sobre la emancipación futura.

Palabras clave: Capitalismo, Estado, lucha de clases.

ABSTRACT

In this article we will revisit some texts by the British Marxist author Simon Clarke, insofar as we understand them to be highly topical in order to problematise certain views, even in the field of the political and academic left, regarding the current functioning of capitalist societies at the global level, as well as the 'forms' and functions of the capitalist state. This is not a minor issue if we consider the emergence today of different extreme right-wing political movements around the world, some of which have gained access to government, and which, while assuming a radicalised conservative discourse in defence of capitalism, question the validity or functions of this political institution, and of the democratic regime itself (even if this political regime is strictly a capitalist democracy). The recovery of these texts also seeks to challenge us, not only to be able to establish a diagnosis of the current functioning of capitalism and the role played in this type of society by the state and capitalist democracy, but also to be able to exercise a materialist critique that seeks to promote a debate on future emancipation.

Keywords: Capitalism, State, class struggle

INTRODUCCIÓN

En este breve artículo revisaremos algunos textos del autor marxista británico Simon Clarke, en la medida que entendemos que son de gran actualidad para problematizar hoy ciertas miradas (que podríamos considerar en cierto sentido, hegemónicas), aun en el campo de la izquierda política y académica, respecto del actual funcionamiento de las sociedades capitalistas a nivel global.

Seguiremos a tales fines una serie de textos donde este autor aborda, como tónica central o tangencial, la temática del Estado capitalista; cuestión no menor si consideramos la emergencia hoy día de

diferentes movimientos políticos de extrema derecha en todo el mundo, algunos de los cuales han accedido al gobierno, y que, al mismo tiempo que asumen un discurso conservador radicalizado en defensa del capitalismo, problematizan la vigencia o las funciones de esa institución política, y del régimen democrático mismo (aunque dicho régimen político sea estrictamente una democracia capitalista).

Así, el primer texto de Clarke que abordaremos será “Sobrecumulación, lucha de clases y el enfoque de la regulación”, que se incluyó en el volumen *Los estudios sobre el Estado y la reestructuración capitalista*, publicado en Buenos Aires en 1992, a instancias del colectivo editorial de la revista *Cuadernos del Sur*. Examinaremos su interpretación de la obra de Marx y su concepción acerca de la “forma” social histórica que asume “el trabajo” capitalista y la “forma” política que asume el Estado capitalista. En la misma tónica, consideraremos también el capítulo “La mano invisible y los límites del Estado capitalista” (traducción de Marcela Zangaro, revisión de Alberto Bonnet), que se incluyó en el libro *Keynesianism, Monetarism and the Crisis of the State* (1988), y algunos de los tempranos trabajos teóricos que se incluyen en el volumen *Marx, marginalismo y sociología moderna* (uno de los primeros libros de Clarke publicado completo en castellano en 2023), en particular, aquellos apartados donde se refiere a la problemática del Estado capitalista.

Por último, serán abordados los textos de Clarke publicados en 1991 en el libro colectivo –editado por el mismo autor– *The State Debate*. Comenzaremos aquí describiendo la introducción de Clarke y luego continuaremos con otro de los textos allí incluidos: “State, Class Struggle, and the Reproduction of Capital”.¹⁹

Entonces, lo que pretendemos hacer a lo largo de este breve texto será interrogar los escritos de Clarke para volver a discutir

¹⁹ No analizaremos aquí una de sus obras más importantes *Marx's Theory of Crisis* (1994), tampoco sus trabajos sobre las transformaciones en las relaciones laborales en países como Rusia, China o Vietnam; y, en la cuestión particular de su teoría del Estado, el alcance de su interpretación para pensar la actual globalización capitalista. Remitimos para esto último a la lectura del artículo de Ghiotto y Pascual (2020), incluido en *Open Marxism*, 4.

la actualidad del Estado capitalista, que no puede ser sino al mismo tiempo un modo de poner en discusión el propio capitalismo contemporáneo. Una forma de dominación política, económica, social y cultural que hoy más que nunca se presenta de un modo tan fetichizado, que parece que al mismo tiempo que se reafirma permanentemente (más aún en la discursividad de las extremas derechas neofascistas emergentes), borra o desplaza la pregunta sobre su propio funcionamiento y sobre el modo en que hoy –parafraseando el título de un viejo libro de Göran Therborn– siguen dominando las clases dominantes.

TRABAJO, CAPITAL Y ESTADO (CAPITALISTA) EN EL ITINERARIO TEÓRICO DE CLARKE

Varios de los iniciales trabajos de Clarke (1988, 1991, 2023) comenzaron trazando un punto de conexión entre la economía y la sociología, observando históricamente –y encontrando una suerte de “clima de época” intelectual que iba atravesando ambas disciplinas en diferentes momentos– el devenir casi en paralelo de estas dos ciencias burguesas.

Su interés por reflexionar respecto de la interrelación entre economía y sociología era al mismo tiempo político e histórico, esto es, Clarke no trataba de pensar “interdisciplinariamente” sino que trataba de articular un pensamiento en términos de describir críticamente el funcionamiento del capitalismo en su conjunto. En todos sus aspectos, dado que se encontraban (y se encuentran) profundamente imbricados entre sí.

Pero, además, en tanto que reflexionar sobre la sociedad capitalista y sobre el Estado capitalista suponía hacerlo sobre un “objeto de estudio” que representa la imposición de un “orden”, un “dominio”, en la extensión de un territorio determinado; esto implicaba que lo político no podía estar ausente de esta reflexión y tampoco lo ideológico.

Esto implica entonces que abordar el trabajo de Clarke tiene un alto nivel de complejidad, en la medida por cierto que supone un intento de dar cuenta de “la realidad” del capitalismo, porque

la articulación inicial entre lo económico y lo sociológico no se encuentra desligada de otras articulaciones que incluyen lo político y lo ideológico. Y en este punto también resulta importante una consideración teórico metodológica tanto crítica como totalizadora, dado que interpreta que el conocimiento del capitalismo en su conjunto avanza –tal como sucede en el planteo de Marx– en el cuestionamiento de las limitaciones de todas estas ciencias burguesas ya constituidas, e incluso en un balance crítico de ciertos autores marxistas, en la medida que estos pudieran asumir posiciones imbricadas conceptualmente con estos puntos de vista disciplinarios.

Este es el motivo por el que Clarke aborda tempranamente la crítica, en un sentido inicialmente histórico, de los conceptos y los enfoques de la economía y de la sociología; pero para traerlos a la contemporaneidad, donde esos conceptos y posicionamientos teóricos se hacen evidentes en perspectivas como las de la teoría de la regulación, que –más allá de cierta filiación marxista– prestó atención a los puntos de conexión –como fue por cierto también el caso de Clarke– entre economía, sociología y política, de las llamadas teorías estructuralistas marxistas, como las de Althusser y, en particular, la de Poulantzas, donde se buscó desarrollar una explicación que articulara las “regiones” de lo político con lo ideológico, de las posiciones de autores como Habermas y Offe, pertenecientes a la “segunda generación” de la Escuela de Frankfurt, que buscaron dar cuenta de las articulaciones entre lo sociológico, lo político y lo ideológico-cultural; y, por último, incluso de ciertos desarrollos teóricos de un autor como Hirsch, que había participado primero del “debate alemán” sobre el Estado y *a posteriori* participó en Gran Bretaña de los debates sobre la “reformulación” del Estado, con un enfoque que, además de lo político y lo social, consideraba “lo económico”.

a) Sobre el fordismo y el posfordismo

En el primer texto que nos propusimos abordar, Clarke (1992) discute la distinción, propuesta por las teorías regulacionistas, entre

régimen de acumulación y régimen de regulación y, al mismo tiempo, la diferenciación –también propuesta por estas teorías– entre “fordismo” y “posfordismo”. Ciertamente que sobre la base de este cuestionamiento se encuentra algo que Clarke después desarrollaría, que es una teoría sobre las crisis en el capitalismo.

Este temprano cuestionamiento a las teorías regulacionistas y a estos conceptos básicos de la misma tenía no solamente un interés teórico sino también otro político. Clarke no pone en tela de juicio el planteo teórico sobre la crisis del fordismo, esto es, del modo de organización del trabajo predominante en los países del centro capitalista durante la segunda posguerra, ni tampoco la crisis de lo que sería el “régimen de regulación” vigente hasta ese momento, el llamado Estado benefactor keynesiano; dada la abundante evidencia empírica –y por cierto política– al respecto. Pero sí va a cuestionar las interpretaciones regulacionistas –aunque no sólo a éstas– al respecto, lo que incluye por supuesto una crítica desplegada sobre la interpretación del carácter del Estado capitalista que se encuentra en estas perspectivas.

En este punto, Clarke va a adoptar la noción de “forma”, que se había venido planteando conceptualmente en las posiciones derivacionistas presentes en el debate alemán sobre el Estado, recalcando, además, el carácter capitalista de este último. La “forma Estado” es una derivación del movimiento del capital en un determinado momento histórico, pero esa forma es también producto histórico del proceso de lucha de clases, del antagonismo entre “capital” y “trabajo”, que a la vez también determina las contradicciones internas entre los capitales individuales:

De modo que la sobreacumulación de capital aparece bajo la forma de una intensificación de la lucha competitiva entre los capitalistas, y de la lucha industrial entre los capitalistas y los trabajadores. El resultado de esta lucha se encuentra condicionado por las formas institucionales de competencia, de crédito y de las relaciones industriales históricamente desarrolladas, detrás de las cuáles se yergue

la forma institucional del Estado. La lucha no se encuentra, sin embargo, aprisionada dentro de estas formas, sino que es al mismo tiempo una lucha para reproducirlas o transformarlas, en tanto los capitalistas y los trabajadores confrontan las formas existentes como barreras para su propia reproducción” (Clarke, 1992: 132).

Clarke está poniendo en discusión que la crisis –que caracteriza como de sobreacumulación– lleve a una dislocación del régimen de acumulación, cuya consecuencia sería el paso del fordismo al posfordismo. Más bien plantea aquí que esta crisis lleva a una agudización del conflicto entre capitalistas, y entre capitalistas y trabajadores, que desemboca en una puesta en discusión de la misma “forma estado” (que sería en este momento la “forma Estado” de bienestar keynesiana), en tanto que “forma” institucional de la dominación capitalista de clase.

El Estado capitalista es, en este punto, por contraposición con las interpretaciones regulacionistas, una derivación de las luchas:

El Estado no se coloca por encima de estas luchas, como el garante de la integración funcional del ‘régimen de acumulación’, ya que el Estado es un aspecto de las formas institucionales de las relaciones capitalistas de clase, y por tanto el mismo es el objeto de la lucha. De ahí que el Estado no resuelva –no puede hacerlo– las contradicciones del capital, sino que las reproduce en una forma política (Clarke, 1992: 132-133).

Desde este aspecto, el Estado capitalista no posee una autonomía relativa, en los términos planteados en este caso por autores como Althusser, Miliband o Poulantzas (y en las miradas regulacionistas francesas, deudoras teóricamente del estructuralismo), como tampoco es una “superestructura” determinada en última instancia por lo económico (en los términos utilizados por prácticamente toda la tradición marxista “occidental”, desde Engels en adelante). Aunque el “Estado desempeña un papel fundamental en el intento por confi-

nar la reproducción social dentro de las formas alienadas de [...] las leyes del contrato y la propiedad capitalista [...] razón por la cual la lucha de clases toma necesariamente una forma política [...] una lucha en contra de la forma del Estado” (Clarke, 1992: 133).

b) La importancia de la consolidación de la “forma estado” liberal en el desarrollo del mercado capitalista y sus límites

En el segundo de los textos que estamos considerando, “La mano invisible y los límites del Estado capitalista”, Clarke sigue trabajando con la concepción sobre la “forma estado” capitalista, sólo que, en este caso, teniendo en cuenta que dicha forma va modificándose a través del devenir histórico, que en este caso es el devenir de la relación social constitutiva del capitalismo, la relación antagonica entre capital y trabajo. Sin embargo, en la interpretación que brinda aquí sobre la “forma Estado” capitalista liberal, hace referencia a que el origen del Estado no debe entenderse como iniciada “en” un capitalismo ya constituido, sino que este último es la resultante de la configuración histórica de un proceso conflictivo, de lucha de clases, en el mismo sentido en que Marx lo comprende.

Para el caso de la “forma Estado” liberal, ésta es producto del proceso de transición –tal como lo describe también Marx– del feudalismo al capitalismo, vinculado al mismo tiempo con el derrotero de una sociedad burguesa que se transforma en capitalista.

Pero además de esta transición, lo que le interesa mostrar a Clarke (1988) es que el devenir del capitalismo se encuentra entrelazado con el desarrollo del Estado, de allí su afirmación que: “La relación entre el dinero y el estado fue la preocupación central de Adam Smith [...] en su formulación moderna dado que fue el que por primera vez desarrolló un modelo sistemático de la economía como esfera independiente del estado y anterior a él” (1).

Por cierto, que esto no indica que mercado y Estado deban considerarse “formas” idénticas, al contrario, se trata de dos “formas” diferentes en las que se hace presente el funcionamiento

contradictorio del capitalismo; pero ciertamente que estas dos formas, en el marco del funcionamiento capitalista, sostiene Clarke, no son necesariamente contradictorias, sino que en buena medida se trata de formas complementarias.

Sin embargo, y esto es lo que le interesa señalar también a Clarke, siguiendo cuestiones presentes tanto en el debate alemán sobre el Estado como en el posterior debate en Gran Bretaña sobre la reformulación del Estado, nos encontramos –en un sentido general– con ciertas funciones que deben cumplir las distintas “forma estado” capitalistas, pero al mismo tiempo con ciertos límites que el mismo funcionamiento capitalista impone a las mismas.

De modo tal que, enumera Clarke, nos encontramos que la contraposición que suele hacerse, invocando la perspectiva liberal de Smith, entre Estado y mercado, sosteniendo la idea del “Estado mínimo” frente al predominio del mercado, pierde de vista algunas funciones que toda “forma estado” (incluso la liberal) debe cumplir en determinado momento histórico en pos de garantizar la misma reproducción capitalista, que es en realidad –y al mismo tiempo– la reproducción de la sociedad capitalista. Aunque, también afirma Clarke, que la reflexión de Smith es demasiado simple como para poder explicar correctamente dicho desarrollo capitalista, que incluye –como indicamos renglones arriba– tanto al dinero como al Estado. Citamos *in extenso*:

El modelo de Smith está desarrollado en un contexto muy específico y bastante poco realista. El modelo no responde al de una sociedad capitalista. Es el modelo de una sociedad de pequeños productores independientes, libres de entrar en cualquier rama de la producción y libres de entrar al mercado con los productos derivados de su propio trabajo, a los que cambia por los productos de otros [...]. La explicación de Smith de la emergencia del dinero es un paralelo de la que proporcionan los teóricos políticos liberales respecto del surgimiento del estado. Así como el estado surgió espontáneamente como forma de regulación política a partir

de la consideración mutua de cuán inconvenientes son las alianzas circunstanciales, el dinero como forma de regulación económica surgió espontáneamente de la apreciación mutua de la inconveniencia del trueque [...]. El dinero es una mercancía que sólo se diferencia de las otras porque es intercambiable en general [...]. A pesar de la desigualdad de poder entre patrón y trabajador, Smith insistió en que el estado no debería intervenir en el mercado de trabajo más de lo que lo hace en otra parte [...]. El rechazo de Smith de la intervención del estado en el mercado no significa que aquel no tuviera papel alguno que desempeñar o que la economía política le resultara indiferente [...]. Smith criticó con vigor las políticas comercial, fiscal y financiera del estado, pero esto no lo llevó a objetar la constitución política del estado que le era contemporáneo. El problema era que los capitalistas habían impuesto sus propios intereses sobre el estado y que lo habían hecho desviarse de las tareas que le correspondían [...] ‘el soberano tiene sólo tres tareas de las que ocuparse; tres tareas de gran importancia, efectivamente, pero simples y comprensibles para el entendimiento común: en primer lugar, la de proteger a la sociedad de la violencia y la invasión de otras sociedades independientes; en segundo lugar, la de proteger a cada miembro de la sociedad de la injusticia y la opresión de cualquier otro tanto como sea posible, es decir, la tarea de establecer una exacta administración de la justicia; y, en tercer lugar, la tarea de erigir y mantener ciertos trabajos e instituciones públicas (Clarke, 1988: 15-16).

Lo primero que intenta mostrar Clarke en el artículo es que, a pesar de la insuficiencia del argumento de Smith respecto del origen del dinero y del Estado, ambas instituciones surgen del proceso que supuso el paulatino abandono de las políticas mercantilistas a medida que se iba produciendo el desarrollo del capitalismo. Un desarrollo que es histórico y que, por supuesto, no se encuentra desligado tampoco del despojo que es constitutivo de la masa de trabajadores

como asalariados “libres”. De modo que si, para Clarke, “el Estado de Smith es inequívocamente y sin ninguna excusa un Estado de clase”, lo es en la medida en que sus tres funciones (las que detalla el propio Smith), profundamente articuladas, implican el proceso de “disciplinamiento” –o integración social– de los asalariados “libres” en pos del despliegue del mundo del capital.

Enseguida señala también Clarke un elemento más relativo a la tercera de las funciones que supone la “provisión de educación y entretenimiento populares”; lo que indica que ese proceso de integración –en el mismo sentido en que luego lo formularía Durkheim– de los asalariados a la sociedad capitalista no está desligado de cuestiones ideológicas. Aunque Clarke –luego volveremos sobre este punto–, no preste tanta atención a la importancia de la configuración de una industria cultural y de distintas “formas” de comunicaciones de masas (en particular el periódico) capitalistas para el cumplimiento de esta tercera función desplegada por los Estados capitalistas.

Sin embargo, hacia el final del artículo va a introducir Clarke otra cuestión vinculada con los anteriores debates sobre la derivación y la reformulación del Estado, que es la que se refiere a los “límites” ante lo que se encuentran las intervenciones estatales, y que nuestro autor va a encontrar aún mencionados en los análisis de Smith. En principio para este último, los límites al Estado tienen que ver con el propio desarrollo del mercado y del proceso de desarrollo capitalista, sobre todo porque, según Clarke (1988):

El estado tiene dos defectos: el propio interés y la ignorancia. Aunque es la corporización de la constitución, el estado no está por encima de la sociedad, sino que emerge de ella como una institución particular dotada de poderes y privilegios particulares. Estos poderes y privilegios están manejados por [...] el soberano, la nobleza y la aristocracia, que están motivados por su propio interés en tanto son mortales [...] el poder del estado los habilita para imponer su propio juicio y su propio interés por sobre los juicios de los individuos privados. La aplicación al estado de los cínicos

principios de la economía política implica que al estado sólo se le pueden confiar aquellas tareas en cuyo adecuado desempeño su propio interés y el de la clase dominante coinciden con el interés general [...]. Sin embargo, en la administración de la justicia y en asuntos más particulares, esos intereses no necesariamente coinciden. (Clarke, 1988:19)

Ahora bien, es en el último apartado –“Los principios de la finanza pública” – donde Clarke observa que otra limitación al poder del Estado se hace presente en el régimen impositivo, según la óptica de Smith. A pesar de las “ambiciones” estatales, éste debe recortar el gasto público, así como implementar un régimen impositivo que sea “justo”, aunque refiere aquí a los problemas que de este término se derivan, ya que no hay parámetro para establecer qué sería “justo” o no, y –peor aún– para quiénes. Refiere Clarke a esta dificultad que Smith vislumbra, ya que las políticas “destructivas” del Estado “están respaldadas por intereses poderosos, sobre todo de los banqueros y de los comerciantes [...] ellos se han vuelto temibles para el gobierno y en varias ocasiones hasta han llegado a intimidar a la legislatura” (Clarke, 1988: 19).

El problema de conciliar el supuesto “interés general” con los “intereses particulares” resulta para Smith uno de los principales problemas para el librecomercio y, por supuesto, para el desarrollo capitalista, y en éste se encuentra uno de los límites a la acción de un Estado, que no puede entenderse de otro modo que como una “forma” de Estado capitalista.

c) Marx, marginalismo y sociología moderna

En términos cronológicos, fue éste el primero de los trabajos más relevantes de Clarke (la primera edición es de 1982), aunque, como casi buena parte de sus trabajos, con honrosas excepciones, tardíamente publicado en castellano (en 2023).

Como mencionábamos previamente, es en este libro donde Clarke explicita, de una manera tan creativa como rigurosa, las

profundas articulaciones existentes entre economía política y sociología, haciendo gala además de una erudición notable que no supone dejar de lado toda la tradición filosófica previa que nutrió ambas ciencias burguesas. Algo que, por supuesto y, sobre todo, fue puesto previamente sobre el tapete por los trabajos de Marx.

En el artículo que comentamos anteriormente pueden verse muchos de los análisis que Clarke –para el caso puntual de los textos de Adam Smith y su perspectiva sobre el Estado– ya había desarrollado *in extenso* en este libro y donde sorprenden los puntos de conexión que muestra entre el modo de pensar económico de autores como Hume, Bentham, Mill, Malthus, De Say, Smith, Ricardo (por poner sólo algunos de los autores que Clarke aborda), los marginalistas (por ejemplo, Jevons, Walras y Menger, Marshall, Hayek, Von Mises, Böhm-Bawerk, entre otros), y el desarrollo de la tradición sociológica que va de Saint Simon, Comte, Spencer pasando por Durkheim, Weber, Simmel, hasta llegar al estructuralismo funcionalista de Parsons. Influencia, la de este último, que Clarke rastrea luego en autores y corrientes marxistas posteriores, como las del llamado “estructuralismo” marxista (no casualmente había Clarke estudiado –y publicado un libro al respecto en 1981– el trabajo de Levi-Strauss), personificado en importantes figuras como Althusser, Balibar, Poulantzas, y otras tradiciones de lo que Anderson llamó el marxismo “occidental”, como la de Lukács, la de los frankfurtianos Adorno, Horkheimer, Marcuse, Habermas, Offe; y las mencionadas vertientes regulacionistas (de Aglietta, Boyer, Coriat o Lipietz).

El argumento sobre el que se basa la crítica a estas corrientes y autores resulta en una novedosa interpretación del pensamiento de Marx. Ciertamente que esta lectura del trabajo marxiano no resultaba ajena a los mencionados debates que, sobre el funcionamiento del capitalismo y el rol del Estado, habían tenido lugar en Alemania y luego en Gran Bretaña, desde inicios de la década del setenta, y en aquellos que se desarrollaron –también desde principios de esa misma década– en el marco de la Conferencia de Economistas Socialistas (de la que Clarke había sido uno de los

fundadores y principales impulsores), y fueron consignados en la revista *Capital & Class*.

Contra la interpretación estructuralista, que periodiza el trabajo de Marx en dos etapas, una “hegeliana”, correspondiente a sus escritos juveniles (como *La cuestión judía* o los *Manuscritos económicos-filosóficos de 1844*), y una “marxista”, donde se ubican sus trabajos “históricos” (*Las luchas de clases en Francia* y *El XVIII Brumario de Luis Bonaparte*) y “económicos” (la *Contribución a la crítica de la economía política*, de 1859, y *El capital* de 1867); encuentra Clarke una conexión nodal entre la crítica de la economía política que Marx desarrolla en los *Manuscritos económicos-filosóficos de 1844*, los *Grundrisse* de 1857 y *El capital*. Lo que, por otro lado, no indica que no haya diferencias tanto terminológicas como teóricas entre esos primeros textos y los últimos.

Argumenta Clarke que en esos primeros textos Marx utiliza el “materialismo de la economía política como una vara con la que golpear el idealismo de Proudhon y los Jóvenes Hegelianos, al mismo tiempo que utilizaba el comunismo utópico de estos últimos como base de una crítica al ‘cinismo’ de la economía política” (50). Pero esta interpretación –relativa a las influencias teóricas utilizadas– no debe hacernos suponer que estas limitaciones en el inicial conocimiento de Marx (sobre todo de otros textos de la economía política) no lo condujeran a buscar y encontrar ya en ese momento las bases de su proyecto teórico y político.

En efecto, nos muestra Clarke con notable nivel de detalle, sostenido en el análisis de la temprana obra de Marx (que van desde la temprana *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel*, pasando principalmente por los *Manuscritos* de 1844 y recuperando en medio de estos un texto poco conocido, como las *Notas sobre James Mill*), que su análisis crítico toma como punto de partida las categorías de la economía política, como la propiedad privada, el trabajo, el mercado, el dinero, la división del trabajo, para mostrar cómo se configura históricamente un tipo particular de “forma” de trabajo que en ese momento Marx designa como “trabajo enajenado”. Que ese tipo de “trabajo” no es el mismo “trabajo” con el

que Smith y Ricardo designan el proceso por el que se produce un objeto que será primero puesto en venta y luego utilizado (una “cosa” que tiene un “valor de uso”), sino que es ya desde entonces un trabajo “enajenado”, implica que esta “forma” de trabajo es previa a la propiedad privada, y no al revés, como sostienen las interpretaciones marxistas “ortodoxas”.

Es esta forma enajenada del trabajo la que permite, a partir de la existencia del dinero como equivalente del intercambio, la apropiación privada de la mercancía en tanto “cosa”:

Si la crítica de Marx hubiera seguido siendo una crítica sobre la base de la propiedad privada, como quieren las interpretaciones ortodoxas, habría seguido siendo, como la de Proudhon, una crítica sobre la base de la economía política y, más generalmente, dentro de los límites del pensamiento social burgués [...]. El punto de partida de la filosofía y de la teoría social tiene que ser no el individuo abstracto, cuyas cualidades sociales se ocultan tras una relación de propiedad entre el individuo y una cosa, sino las relaciones sociales históricamente desarrolladas que caracterizan una forma particular de sociedad [...]. Sólo porque el dinero se constituye como la forma abstracta del trabajo enajenado en su papel de medio de cambio, el trabajo enajenado puede adoptar la forma independiente de la propiedad privada como dinero [...]. Sólo cuando la actividad del trabajo social se expresa en la forma enajenada del dinero, el producto de ese trabajo se desprende de la actividad humana que lo produjo y asume la forma de una cosa que puede ser apropiada como propiedad privada (Clarke, 2023: 67-69).

El argumento de Clarke, que se sostiene en la lectura de los propios textos de Marx, no sólo busca cuestionar las interpretaciones ortodoxas y estructuralistas de Marx, sino que además busca despejar, en términos de planteo político, cualquier interpretación que no desemboque en el mismo fundamento de la sociedad capitalista. Esto es, no se trata de una cuestión económica, social, moral o ideo-

lógica; no es un problema de la propiedad privada o del trabajo o del dinero, el problema mismo es el capitalismo como “totalidad”.

De allí también la intención de Clarke de mostrar los puntos de continuidad, tanto en términos de proyecto teórico y consecuencia política, entre el “joven” Marx y el Marx “adulto” o “marxista”. Entre los planteos de los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844* y lo desarrollado en los *Grundrisse* y en *El capital*:

En *El capital*, Vol. I, que comienza con el análisis de la mercancía, Marx tiene muy claro que la propiedad privada es sólo la expresión de la forma enajenada de intercambio de los productos del trabajo como mercancías. La relación de propiedad “cuya forma es el contrato [...] es una relación entre dos voluntades que refleja la relación económica [...] Aquí las dos personas existen la una para la otra simplemente como representantes, y por tanto propietarios, de mercancías” (Clarke, 2023: 65).

Esto no supone que no haya habido cambios en la fundamentación marxiana sobre el funcionamiento del capitalismo y, en particular, en el análisis teórico-conceptual crítico del autor de Treveris. La etapa de “madurez” había implicado una incorporación mucho más profunda de los textos de la economía política, así como toda una resolución de problemas teóricos que se desprendían de aquellas iniciales formulaciones críticas de Marx.

Sostiene Clarke que el “joven” Marx, si bien acertaba en cuál era el fundamento último del modo en que sucedía la apropiación privada por parte de los capitalistas, su crítica, al mismo tiempo, mostraba ciertos límites, que iban a poder resolverse en los trabajos de su época de “madurez”.

Aunque los *Manuscritos* definieron el proyecto intelectual de Marx, sería bastante erróneo ver las obras de madurez de Marx ya presentes *in nuce* en las obras de su juventud [...] en lugar de la crítica immanente que trazaba su proyecto, Marx recurrió con fines polémicos a una crítica trascendente. En

sus obras polémicas, Marx todavía tendía a combinar una crítica hegeliana al empirismo naturalista de la economía política, con una crítica materialista al idealismo especulativo de los hegelianos [...]. La crítica de la economía política estuvo incompleta hasta que no se transformó de una crítica filosófica y política externa, que establece los límites de la economía política revelando sus presupuestos ocultos, a una crítica teórica e histórica interna que pudiera proporcionar una teoría más adecuada de la sociedad capitalista [...]. Fue en los *Grundrisse* (1857-1858) donde Marx comenzó a desarrollar su crítica intrínseca de la economía política [...]. La crítica de la economía política ya no es una crítica filosófica, basada en una concepción extrínseca de la naturaleza humana, sino que es una crítica inmanente, las contradicciones de la economía política se sitúan dentro de la economía política [...]. Hay una diferencia entre el carácter filosófico de la primera crítica de la economía política de Marx y el carácter histórico de la crítica intrínseca desarrollada en *El Capital* (Clarke, 2023: 80, 84-85, 90).

Es el paso hacia la crítica inmanente del capitalismo el que lleva luego a Marx, aunque sin abandonar el proyecto inicial –sostiene Clarke– sino confirmándolo, a formular de mejor modo el problema que representa en sí el capitalismo. A partir de aquí es cuando Marx incorpora el problema de la “forma valor”, lo que lo llevará a dar cuenta del “plusvalor”, pero también a explicar el “fetichismo de la mercancía”, inherente al mismo funcionamiento del capitalismo.

Una interpretación que, como ya indicamos, supone para Clarke la crítica del capitalismo en su conjunto, en sus diferentes aspectos, tanto en el económico como en el social, el político, el ideológico y el cultural.

De modo que es en este punto, desde donde Clarke realiza la crítica a un conjunto de autores y corrientes que resultaron dominantes en el campo de la economía y de la sociología, a lo largo del siglo XX. Es desde esta interpretación del marxismo que Clarke emprende una crítica a las posiciones, tanto individualistas como

abstractas, de los marginalistas en el campo de la economía, y ras-trea cómo estas suposiciones impregnan las interpretaciones sociológicas de Weber, posteriormente de Parsons y de la sociología “posparsoniana” (donde se encuentran incluso ciertos autores que buscaron modificar parte la perspectiva funcionalista estructural de Parsons), de Garfinkel, Giddens, Alexander o Habermas.

Pero también el punto de vista marxiano es considerado por Clarke para el cuestionamiento de ciertos puntos de conexión, presentes en importantes autores marxistas “occidentales”, como es el caso de Lukács o de frankfurtianos como Adorno, Horkheimer, Marcuse; con la interpretación sociológica weberiana. O bien, respecto de la influencia de posiciones funcionalistas estructuralistas en otros autores marxistas (estructuralistas) como Poulantzas.

El libro en su edición castellana incorpora un apéndice dedicado a la temprana crítica de Clarke (originalmente publicada en 1977 en la revista *Capital & Class*, pero también actualizada en la compilación posterior, que comentaremos enseguida, *The State Debate*) a la teoría del Estado de Poulantzas.

Siguiendo con lo postulado previamente, y de modo independiente a las intencionalidades de Poulantzas, a quien Clarke le reconoce el mérito de intentar reformular el marxismo en oposición a las postulaciones ortodoxas del mismo por parte del estalinismo vigente, aparece un cuestionamiento a la interpretación “productivista” (y, por tanto, ceñida a las categorías de la economía política “clásica”) de Marx, propia tanto de las posiciones neogramscianas —como por ejemplo las de Anderson u otros exponentes del marxismo británico, entre los que se podría ubicar incluso a Miliband— como de las althusserianas. Más allá de sus méritos en buscar abordar temáticas que Marx no llegó a tratar o bien en actualizar algunos de sus abordajes, estas interpretaciones tendieron a analizar el funcionamiento del capitalismo de manera escindida (se trate de la distinción entre “regiones” propia de los planteos del estructuralismo marxista o se trate de las distinciones entre “sociedad política” y “sociedad civil” o entre “base” y “superestructura”), incluso en la referencia a una “totalidad” capitalista. Porque

esta mirada se parecía más a una interpretación que partía del funcionalismo estructural parsoniano que de una crítica “inmanente”, que era la que Marx había desarrollado.

Desde este último punto de vista, el Estado capitalista no podía presentar una “autonomía relativa”, ya que el Estado –que de allí no podía ser otra cosa que capitalista– se derivaba de la misma relación social que suponía el capitalismo. Esa consideración “autónoma” del Estado, era entenderlo de “forma fetichizada”, cosificada, más que hacerlo como una “forma”, como una de las tantas “formas” –económicas, sociales, políticas, ideológicas, culturales– en las que el capitalismo se hacía presente.

d) The state debate

En la Introducción que escribe Clarke para este libro, aparece en primer lugar la referencia a que el conjunto de los artículos presentes en la compilación fueron resultado de debates desarrollados en torno a la temática del Estado capitalista durante la década del setenta, en el marco de la Conferencia de Economistas Socialistas (CSE). La perspectiva adoptada por todos los autores participantes, en su mayoría economistas, no se limitó, sin embargo, a considerar al Estado bajo este único aspecto, sino que se lo intentó analizar en todos sus aspectos, incluidos los políticos e ideológicos. Ello implicaba considerar que el devenir del desarrollo estatal capitalista se encontraba articulado con el de la sociedad capitalista en su totalidad, y, por lo tanto, determinado por los diferentes conflictos –sociales, políticos, económicos e ideológicos– que la atravesaban.

Esto indica que la cuestión del antagonismo entre “capital” y “trabajo”, la lucha de clases, se encontraba en el centro del enfoque adoptado por los diferentes textos presentes en ese volumen, aunque tal lucha se encontrara enmarcada en el funcionamiento general de la sociedad capitalista. Dicha posición distinguía esta perspectiva de otros enfoques como los presentes en la sociología estructural funcionalista que, según Clarke, también atravesaba

perspectivas como las del llamado estructuralismo marxista, en el caso paradigmático de Poulantzas, o bien, de los de otros autores pertenecientes a la segunda generación de la Escuela de Frankfurt, como Habermas y Offe, o de la Escuela francesa de la regulación.

Reconoce también aquí Clarke la deuda de este enfoque –que Astarita (1995) denomina de “la lucha de clases”– con el aporte realizado por Joachim Hirsch, dentro del “debate alemán” sobre el Estado capitalista, aunque adecuado al contexto británico de crisis, económica y política, que se había hecho presente en ese país a lo largo de la década del setenta e inicios de la del ochenta.

El principal tópico del debate teórico sobre el Estado capitalista que se planteaba por entonces, dentro de la tradición marxista, era el de la crítica a la teoría del capitalismo monopolista de Estado, cuyas tesis afirmaban la perfecta imbricación entre Estado y capital monopolista. Aunque también apuntaba a contradecir la perspectiva que sobre el Estado capitalista había asumido la socialdemocracia, que entendía al Estado como una institución “política” que poseía una “autonomía relativa” respecto de las determinaciones económicas, comprendiendo al capitalismo no como una “totalidad”, sino como un mero “subsistema económico” que intentaba ser controlado por un “subsistema político”, que, a la vez, podría solamente intervenir en la esfera de la distribución. Esta última cuestión llevaba a considerar cuáles eran los límites establecidos por el “sistema social” sobre las intervenciones desplegadas por el “subsistema político” estatal (aquello que Clarke llamaba los “límites de la autonomía”).

La crítica a estas dos posiciones ya había estado presente en “el debate alemán” sobre el Estado capitalista, rescatando dos elementos que se encontraban en perspectivas marxistas críticas, la pregunta por la “forma” que asumía dicho estado y la pregunta por las funciones que debía desplegar el mismo. Aunque también algunos de estos planteos se van a trasladar al debate posterior sobre “la reformulación del Estado” que tuvo lugar en Gran Bretaña.

No desarrollaremos mucho más aquí lo planteado por Clarke en esta introducción, sólo dejaremos consignado que en la misma

el autor describe los principales debates que explicitan los autores participantes en la compilación (John Holloway, Sol Picciotto, Joachim Hirsch, Bob Jessop, Colin Barker), así como algunas de las críticas que tanto Clarke como estos autores les realizan a perspectivas como las de los mencionados Habermas y Offe; Miliband y Poulantzas; Murray, Warren, Radice, o bien a las de “neoricardianos” como Ian Gough o Dave Purdy, y “fundamentalistas” como David Yaffe o Paul Bullock.

Dejamos para el final, en la medida que entendemos que refleja de mejor modo el punto de vista que sobre el Estado capitalista desarrolla Clarke, el artículo “El Estado, la lucha de clases y la reproducción del capital” (“State, Class Struggle, and the Reproduction of Capital”), que cierra su participación en la compilación.

Retomando algunos de los planteos realizados en la Introducción y que, como indicamos, forman parte de los debates que se suscitaron en Gran Bretaña en el marco de la Conferencia de Economistas Socialistas; se plantea Clarke que debe encontrarse un punto de vista intermedio entre las posiciones “fundamentalistas” y las “neoricardianas”, que en buena medida reflejaban ciertas posiciones políticamente ortodoxas o sectarias y las posiciones socialdemócratas reformistas. Resolver esta cuestión resulta fundamental para confrontar, en un sentido tanto teórico como político, las posiciones de la Nueva Derecha, ya dominante por entonces en Gran Bretaña; porque esta derecha es una derecha adecuada a esos momentos actuales del capitalismo, que no son los de la década del treinta sino los de la del ochenta del siglo XX.

El planteo de Clarke es que debe regresarse a una interpretación basada en el materialismo de Marx, lo que supone que no debe pensarse al Estado como producto de una derivación conceptual, sino como producto de una derivación concreta, aquella que ancla en la situación de la lucha de clases.

Retoma aquí Clarke el planteo de que el Estado no es una institución “peculiarmente capitalista”, pero que en el capitalismo asume la forma fetichizada de su separación de las perspectivas de las clases dominantes, como una “institución externa” a ellas.

Busca demostrar cómo un Estado capitalista aparece bajo la forma fetichizada de una institución “neutral”, es decir, explicar que dicha “neutralidad” no responde a una característica esencial del Estado sino a la forma fetichizada del dominio del capital.

Lo que lo lleva a derivar la “forma Estado” capitalista no de una “lógica” abstracta sino de la situación histórica concreta de la lucha de clases; aunque esto supone considerar dos niveles de abstracción diferentes.

Esto lleva a Clarke a cuestionar, por un lado, la idea de que el Estado pueda representar un “interés general” enfrentado a intereses particulares, lo que va de la mano de la crítica a la suposición que el Estado posee “autonomía relativa”; y, por el otro, que el Estado detenta siempre un monopolio legítimo de la violencia (planteando que, de hecho, el Estado puede autorizar el ejercicio individual de la violencia, en términos de legítima defensa). Porque, en concreto, lo que busca realizar el Estado capitalista es reproducir, sin que esto se base necesariamente en la violencia física, las relaciones sociales capitalistas, llevando a cabo la exclusión de los trabajadores de la propiedad de los medios de producción así como la extensión de su tiempo de trabajo más allá del necesario para su propia reproducción y permitiendo que los capitalistas se apropien del producto de su trabajo.

Si el Estado capitalista no posee entonces ninguna característica “esencial”, no puede sino derivarse de la lucha de clases. De modo tal que la problemática del Estado, y de la “forma” que asume como régimen político de dominio, tiene que basarse en el análisis de Marx de las contradicciones inherentes a la reproducción del modo de producción capitalista, sobre cuya base se desarrolla la lucha de clases. Pero también desde esta perspectiva es que la “forma de Estado”, en tanto que reproducción del capital y de la fuerza de trabajo, encuentra sus límites en las situaciones concretas en que se desarrolla la lucha de clases, porque la resistencia del trabajo puede resultar una barrera al mismo proceso de reproducción del capital.

Así podría sostenerse que la “forma Estado” benefactora resulta de un determinado momento de la lucha de clases, en el que

los reclamos de la clase trabajadora se “institucionalizan” al interior de ese tipo de Estado capitalista. Pero esto tiene al mismo tiempo el correlato que supone que dicha incorporación en el marco de un régimen parlamentario tiende, en el mismo proceso de “institucionalización”, a fragmentar las luchas políticas y sociales de las clases trabajadoras y populares.

Como conclusión, plantea Clarke (1991) que:

Desde fines del siglo XIX, la tendencia histórica ha sido que los reformistas liberales respondieran a la amenaza de la autoorganización de la clase trabajadora y la actividad extraparlamentaria con un programa de reforma social y política que reemplazara o modificara la disciplina del mercado, apoyándose en cambio en la regulación política a través del Estado [...]. La peculiaridad de la Nueva Derecha reside en su intento de alterar el equilibrio de la lucha de clases en la dirección opuesta, reemplazando la regulación estatal por una regulación a través de la forma de la mercancía [...] esta evolución no puede verse simplemente como un retorno reaccionario a la política del siglo XIX, ni como una versión más humana del fascismo de los años treinta, ya que es una estrategia que está firmemente arraigada en las luchas de clases de los años 1980 [...] ha llevado a muchos en la izquierda a adquirir una fe renovada en el sistema parlamentario [...]. Pero esa respuesta es centrarse en el contenido de la política a expensas de su forma. Para muchos de nosotros, la lección de los años 1960 y 1970 fue precisamente que las cuestiones de forma son más fundamentales que las cuestiones de contenido [...]. Es mucho más una creencia de que el socialismo no se trata simplemente de cuestiones cuantitativas como la distribución del ingreso y la riqueza, por urgentes que sean esas cuestiones, sino que se trata fundamentalmente de la creación de una sociedad alternativa [...] de autoorganización colectiva y de control democrático; y sólo sobre esta última base se puede hacer frente de manera eficaz al Estado y al poder del capital (201-203).

CONSIDERACIONES FINALES

A lo largo de este artículo hemos examinado diversos textos de Simon Clarke, ciñéndonos, sobre todo, a aquellos donde la problemática sobre el Estado capitalista estaba mayormente presente. Sin embargo, tratándose de un autor marxista como Clarke, los aportes realizados exceden el mero campo disciplinario de las teorías sobre el Estado capitalista para pasar a constituirse en una perspectiva donde el mismo Estado es parte de un capitalismo que asume una condición multidimensional, totalizadora; aunque siempre se nos muestre, de forma fetichizada, como una economía, como sociedad o política o incluso como una moral o hasta una “estética”.

Esta cuestión, este aporte de Clarke, ayudar a esclarecer qué el Estado o lo estatal –por diferencia con otras interpretaciones al respecto, incluso dentro del campo del pensamiento de izquierda– es una “forma” derivada de las relaciones sociales capitalistas, de un conflicto entre capital y trabajo que se ha manifestado o se manifiesta en diversas “formas”, sean éstas también económicas, sociales, políticas, ideológicas o culturales. Pero esto en la medida que, como hace Clarke, se siga aquel procedimiento “práctico-crítico” iniciado por Marx. No se trata solamente de asumir una mirada donde el capitalismo es una “totalidad” (algo que también podría asumir una teoría de los sistemas sociales como la parsoniana o la más sofisticada de Luhmann) sino de ver al mismo tiempo que el capitalismo –en el sentido adorniano– se presenta siempre como una “falsa totalidad”. Y esto último es particularmente importante en momentos de triunfos electorales de una derecha celebratoria del capitalismo, y donde precisamente lo que se busca es que siga siendo desplazada cualquier tipo de crítica a un capitalismo que nos conduce a distintas catástrofes: económicas, sociales, políticas, climáticas, culturales, entre otras que podrían mencionarse.

Es interesante observar, a partir del trabajo Clarke, que con la consolidación del gobierno de Margaret Thatcher y de las opciones neoconservadoras en Gran Bretaña (y por ese entonces también en

los Estados Unidos y en Alemania occidental) durante la década del ochenta del siglo XX, la problemática sobre el Estado, se había visto desplazada junto con cualquier crítica al capitalismo. Una situación no del todo diferente a la que nos encontramos hoy día.

De allí que Clarke haya puesto en discusión la problemática del Estado junto con la misma crítica al capitalismo que la contiene. Precisamente para mostrar una falacia que hoy se difunde y repite a través de una de las “formas fetichizadas” de la comunicación capitalista, como la de los mensajes emitidos a través de los medios masivos de comunicación (tanto los “tradicionales” como las redes sociales): que es posible un capitalismo sin Estado.

En todo caso, lo que sucede es que cambia la “forma Estado” producto del devenir de la lucha de clases. Y esto es así en la medida que el dominio capitalista, llevado adelante también a través del Estado (valga la redundancia, capitalista), es –como nos muestra Clarke– en la medida que expresa las necesidades de reproducción de las mismas relaciones sociales capitalistas, pero que, a la vez, encuentra límites a partir de la autoorganización de las clases trabajadoras y populares.

Entonces, los cambios que se observan, tanto en las “formas” como en las “funciones” que despliegan los Estados capitalistas, son siempre resultado de momentos históricos concretos en los que se manifiestan las luchas de clases, en términos de relaciones de fuerzas. Cuando las clases trabajadoras y populares “adentran” una correlación de fuerzas hacia ellas favorables al interior del Estado (en el caso considerado del Estado parlamentario británico), tal como nos muestra Clarke en el último de los textos analizados, se fragmentan e institucionalizan, moldean su lucha en los términos fijados por la “forma” de la democracia capitalista.

De allí que, siguiendo a Clarke, haya que buscar la explicación del auge de las nuevas derechas (cuyo discurso toma ribetes misóginos, racistas y neofascistas), no sólo en la actualidad del capitalismo, que se encuentra signada por la crisis del relato neoliberal (en sus diferentes versiones), sino además en la instituciona-



lización de las resistencias, que desplaza –precisamente- la crítica al capitalismo y la presenta como crítica al neoliberalismo.

Esta atención que Clarke le presta a las “formas políticas” (entre las que podríamos ubicar por supuesto también al Estado) capitalistas, no se hace tan presente sin embargo a la hora de pensar cuestiones ideológicas y culturales, que revisten la mayor importancia a la hora de abordar la actualidad de la dominación capitalista. Puede ser un buen punto de inicio para un programa de investigación futuro y un accionar político, que siga los lineamientos abiertos por el notable trabajo de Simon Clarke.

REFERENCIAS

- Astarita, Rolando (septiembre de 1995). La importancia revolucionaria de la concepción de la ‘lógica del capital’ para la estrategia socialista. Simposio por el Socialismo. Rosario, Argentina.
- Bonefeld, Werner; Clarke, Simon; Hirsch, Joachim; Holloway, John; Peláez, Eloína y Plá, Alberto (1992). *Los estudios sobre el Estado y la reestructuración capitalista*. Tierra del Fuego.
- Clarke, Simon (1988). *Keynesianism, Monetarism and the Crisis of the State*. Cambridge: Edward Elgar Publishing Limited.
- Clarke, Simon (Ed.) (1991). *The State Debate*. Macmillan.
- Clarke, Simon (2023). *Marx, marginalismo y sociología moderna*. Ediciones Dos Cuadrados.
- Ghiotto, Luciana y Pascual, Rodrigo (2020). “The State and Global Capital: Revisiting the debate”. En Dinerstein, Ana; García Vela, Alfonso; González, Edith y Holloway, John (Eds.), *Open Marxism 4. Against a Closing World*, Pluto Press.